

SUJETOS REFLEXIVOS Y AUTONARRATIVAS VIRTUALES

Gabriela Samela
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Introducción

La popularización de Internet como soporte⁽¹⁾ de comunicaciones interpersonales y grupales, de medios de comunicación institucionalizados, tradicionales o específicos y de la circulación de todo tipo de discursos y materias expresivas consolidó la actitud hacia la tecnología que Carl Mitcham describe en “Tres formas de ser-con la tecnología” (1989) como el “ser-con la tecnología” propio de la modernidad. Aunque la discusión crítica sigue su curso en el ámbito de la teoría, las actitudes populares hacia lo técnico y los discursos políticos y mediáticos reproducen la idea moderna por excelencia de la “bondad inherente” de la tecnología y “el consecuente carácter accidental de cualquier mal uso de la misma”.

En consonancia con esta actitud, la modernidad inauguró el tecnologismo como ideología, es decir, el discurso de la técnica que, vuelta naturaleza, prescinde y precede la voluntad humana. En palabras de Héctor Schmucler, la técnica “se concibe como matriz en la que se gesta la propia naturaleza del hombre” (1992: 6).

Así, los cambios sociales y culturales se explican como consecuencia del desarrollo de la técnica eludiendo la cuestión de que “la técnica lleva en sí la marca de la voluntad, que es anterior a la técnica y que depende de la percepción que los seres humanos tienen de sí mismos” (Schmucler, 1992: 6).

De igual forma, Internet ha sido vista como el desarrollo tecnológico que permitió la aparición de sujetos “nuevos”, más activos, más participativos, más creativos. En este contexto, pensar el fenómeno de Internet, y particularmente la construcción de autonarrativas y la circulación de discursos por fuera, en tensión o haciendo presión contra los márgenes y límites impuestos por las estructuras infocomunicacionales, debe plantearse no en términos de un inevitable desarrollo de una técnica que en su evolución, y por las herramientas y aplicaciones que habilita, constituye nuevos sujetos sociales, sino como la expresión de cambios sociales y culturales que modelaron los desarrollos, usos y alcances del soporte.

Los discursos sobre las nuevas tecnologías⁽²⁾ en los medios masivos de comunicación y en cierta bibliografía específica presentan a la llamada web 2.0 como “la web social”. La principal consecuencia del desarrollo de la serie de aplicaciones que más típicamente la identifican, se nos dice, es un usuario más activo, el “prosumidor”, que se desenvuelve en las redes sociales. Según esta lógica, Internet es el espacio dinámico que genera el protagonismo del usuario.

Sin embargo, el comportamiento ciertamente más activo de los usuarios de Internet, si se lo compara con la actividad que en los soportes tradicionales los medios de comunicación prevén para sus públicos, no está determinado por las cualidades del soporte, sino que expresa, sobre todo, el punto de intersección entre un instrumento mucho más apto para cierto tipo de apropiación y un sistema de representaciones en crisis⁽³⁾.

Comprender este proceso hegemónico en los discursos de las nuevas tecnologías de la información sin partir del tecnologismo implica pensar este mundo de representaciones en crisis para entender cómo se modelaron los usos posibles de las nuevas tecnologías.

La modernidad vuelta sobre sí misma

En la obra *Modernización reflexiva*, de 1994, Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash caracterizan la sociedad pos-1989 en términos de reflexividad. Este concepto, aunque con matices en el trabajo de cada uno de los autores, implica la radicalización de tendencias modernas, como la apertura de nuevos campos de la vida social, política y de la vida cotidiana a la interrogación, en un mundo donde las estructuras e instituciones conocidas se vuelven fuente de incertidumbre.

Así, por ejemplo, las tendencias hacia la intensificación de la globalización exigen a las tradiciones que se defiendan a sí mismas y que, por lo tanto, estén sujetas de forma rutinaria a interrogación, y condicionan e interactúan con los cambios en la vida cotidiana, muchos de los cuales no se derivan de la esfera de decisión ortodoxa. También, a partir de la “crisis ecológica”, la naturaleza se transforma en área de acción en la que los seres humanos tienen que tomar decisiones prácticas y éticas. En definitiva, el cuestionamiento de las formas sociales se ha convertido en un lugar común, dicen los autores: “es un mundo que en numerosas circunstancias estimula la crítica activa” (Beck, Giddens y Lash, 1997: 11).

Este proceso se desenvuelve en lo que Beck define como la “sociedad del riesgo”, una fase de la modernidad en la que las amenazas que produjo el desarrollo de la sociedad industrial empiezan a predominar. Los riesgos sociales, políticos, económicos e individuales “tienden cada vez más a escapar a las instituciones de control y protección de la sociedad industrial” (*Ibidem*, 18).

Beck distingue dos fases en este contexto; en la primera, los efectos y las autoamenazas de la sociedad industrial se producen, pero no se convierten en temas de debate público o en el centro de conflictos políticos. El concepto de la sociedad industrial sigue siendo predominante: multiplica y legitima las amenazas provocadas por la toma de decisiones como “riesgos residuales”.

En la segunda fase, los peligros de la sociedad industrial comienzan a dominar los debates y conflictos públicos y privados. “Aquí, las instituciones de la sociedad industrial se convierten en los productores y legitimadores de amenazas que no pueden controlar” (*Ibidem*, 18). Las mismas características de la sociedad industrial se vuelven problemáticas y objeto de debate.

La sociedad del riesgo, dice Beck, superpone a los conflictos sobre la distribución de “bienes”, y los conflictos sobre la distribución de “males”, es decir, cómo se distribuyen las responsabilidades de prevención y de control en torno a los riesgos que acompañan a la producción de bienes, entre los que enumera los que traen la megatecnología nuclear y química, la investigación genética, las amenazas ambientales, la supermilitarización, etcétera.

La transición del período industrial al período de riesgo de la modernidad, es decir del proceso de “modernización simple” al de “modernización reflexiva”, no se produce para Beck de manera

conciente, sino de forma no deseada, no percibida. Es consecuencia del propio dinamismo de la modernización que se ha vuelto autónomo. Por eso, lo reflexivo en su concepción de “modernización reflexiva” no sugiere reflexión sino, principalmente, *autoconfrontación*.

En otras palabras, es la sociedad industrial la que se vuelve contra sí misma, en su propio devenir. Esto trae como consecuencia transformaciones de época al menos en tres áreas: los recursos de la naturaleza y la cultura, la relación de la sociedad con las amenazas autoproducidas y las fuentes de significado colectivas y específicas de grupo de la cultura de la sociedad industrial que “están sufriendo de agotamiento, quiebra y desencantamiento”.

La pérdida de estas fuentes de significado colectivo hacen recaer sobre los individuos “todo el esfuerzo de definición”. A este proceso Beck lo denomina “de individualización”. A diferencia de los procesos de individualización de los inicios de la modernidad, “hoy las personas no se ‘liberan’ de certezas feudales y religioso-trascendentales para establecerse en el mundo de la sociedad industrial, sino que se ‘liberan’ de la sociedad industrial para instalarse en las turbulencias de la sociedad global del riesgo. Se espera de los individuos que vivan con una amplia variedad de riesgos globales y personales diferentes y mutuamente contradictorios” (*Ibidem*, 21).

En este contexto, las “ambivalencias biográficas”, superables en otras etapas recurriendo a la familia, la comunidad, la clase o el grupo social, deben ser manejadas por los propios individuos. “Incluso el yo ha dejado de ser el yo inequívoco, fragmentándose en discursos contradictorios del yo”, señala Beck.

En el mismo sentido, para Anthony Giddens es en la sociedad postradicional, que se manifiesta definitivamente en la alta modernidad, que la reflexividad se expresa en la vida cotidiana, en el plano personal. Las personas tienen que organizar sus propias narrativas biográficas.

En el contexto de una creciente interdependencia global, en el cual las actividades locales están influidas o incluso determinadas por acontecimientos o agentes remotos, también, y al mismo tiempo, las acciones y decisiones cotidianas e individuales tienen consecuencias globales.

“El experimento global de la modernidad influye en y es influido por la penetración de las instituciones modernas en el tejido de la vida cotidiana. No es solo la comunidad local, sino también rasgos íntimos de la vida personal y del yo los que se entretajan con relaciones de extensión espacio-temporal indefinida” (*Ibidem*, 79). Por eso, el tiempo objetivo de la primera modernidad se reemplaza por temporalidades subjetivas, personalizadas, en las narrativas autocreadas.

Si en las sociedades tradicionales las seguridades provenían de rituales y prácticas establecidas, en la primera modernidad provienen de los “sistemas expertos”. Pero tanto por el desencanto generado por las promesas no cumplidas del desarrollo científico-técnico como por su propio principio intrínseco de considerarse abierto al cuestionamiento, en la alta modernidad el conocimiento experto “está abierto a la reapropiación por parte de cualquiera que tenga el tiempo y los recursos necesarios para formarse; y la prevalencia de la reflexividad institucional

supone que existe un continuo filtrado de las teorías, conceptos y descubrimientos expertos a la población profana” (*Ibidem*, 117).

Reflexividad estética

Tanto para Beck como para Giddens, la teoría de la modernización reflexiva implica un retroceso de las estructuras sociales frente al creciente poder de la “agencia”. En este sentido, el proceso de individualización descrito por estos autores arroja sobre el individuo la capacidad de afrontar toda una gama de decisiones que pone al yo como centro de la acción cotidiana y a las condiciones institucionales como consecuencia de las decisiones adoptadas por él. Tal posición ha sido blanco de críticas, en tanto “todavía sigue imponiéndose un principio de reificación de la subjetividad, si ya no afirmado en la representación universal del lazo entre individuos, sí es apreciable en la identidad autodefinida de una individualidad que se ‘autorrealiza’ y es ‘autorrefleja’ respecto a la circunstancias sociales” (Dipaola, 2010: 161).

Sin embargo, en la visión Scott Lash, la definición de la identidad se produce en un proceso de relaciones con las estructuras. Desde su punto de vista, las estructuras sociales que se encuentran en retroceso están, en realidad, siendo desplazadas por estructuras informativas y comunicativas. Advierte, además, sobre la cuestión de la posibilidad real de la autoconstrucción de narrativas para los “perdedores de la reflexividad”. ¿Cuánta libertad de la ‘necesidad’ de la ‘estructura’ y de la pobreza estructural tiene una madre soltera en un gueto urbano para autoconstruir su propia narración vital?, se pregunta Lash (*Ibidem*, 149)

Así, abre la cuestión crucial de cuáles son las condiciones estructurales de la reflexividad. En un contexto de declinación de las clases sociales, creciente importancia de los factores culturales y del ocio y el consumo en comparación con la esfera de la producción, Lash entiende que se producen cambios en las formas de comunidad e identidad colectiva que, sin embargo, no identifica con el repliegue sobre sí mismo de los individuos propio de las argumentaciones de Beck y Giddens.

Para Lash, las condiciones estructurales de la reflexividad están dadas por un conjunto articulado de redes globales y estructuras de información y comunicación. Las oportunidades de vida en la modernidad reflexiva, entonces, dependen del acceso a, y del lugar en, estas nuevas estructuras de información y comunicación.

A través de estas estructuras no solo fluye el conocimiento, sino también “toda una economía de signos en el espacio” compuesta por símbolos conceptuales y miméticos (*Ibidem*, 167).

En este punto, Lash discute con Beck y Giddens porque entiende que solo trabajan la cuestión de la reflexividad a nivel cognitivo. Para Lash, en cambio, las condiciones de la reflexividad no solo están dadas por el flujo y las acumulaciones de símbolos conceptuales, sino también de las imágenes, sonidos y narraciones “que constituyen la otra cara de nuestra economía de signos”. Así como, por un lado, son parte de la propiedad intelectual mercantilizada de las industrias culturales y en ese sentido pertenecen al montaje de poder pos-industrial, por otro “abren espacios virtuales y reales para la popularización de la crítica estética de ese mismo complejo de poder/conocimiento” (*Ibidem*, 168).

Para este autor, solo en la modernidad tardía la reflexividad estética llega a penetrar los procesos sociales, lo que implica la crítica de la alta modernidad a través de lo estético, en el sentido no solo del “gran arte”, sino de la cultura popular y la estética de la vida cotidiana.

La incorporación de esta dimensión amplía la cuestión de las acciones no reproductivas, de puntos de fisura en las estructuras, que no se encuentran en el campo de la reflexividad cognitiva, sino estética, en tanto hermenéutica “práctica”.

Para desarrollar esta noción de reflexividad estética, Lash recurre a Charles Taylor para quien la persona moderna se constituye a partir de dos fuentes seculares principales: “la razón desencarnada de la tradición cartesiana y de la Ilustración, y la tradición modernista estético-romántica” (Lash y Urry, 1998: 78). A esto le suma otra fuente estética de la persona moderna, la de la alegoría modernista.

Lash vincula la tradición expresivista y romántica con la cultura política de la posorganización, “la roca de base de los movimientos Verde y comunitario” y la alegórica con “una fuerza mucho menos estructurada porque es, en su misma raíz, anarquista”: se reconecta con la complejidad urbana, la heterotopía y con una globalidad cosmopolita (*Ibidem*, 81).

Sujetos reflexivos en la red

En el conjunto de las redes globales y estructuras de información y comunicación que condicionan, según Lash, las posiciones de los sujetos en la modernidad reflexiva, Internet emerge como el soporte de uso más extendido y globalizado.

Cuando se describe a la llamada web 2.0, como se señaló al comienzo, suele hablarse de una “Internet social”. Esta caracterización del estado de desarrollo actual del soporte digital suele explicarse por la predominancia en Internet de aplicaciones y de medios específicos que posibilitan y vehiculizan a las narraciones en primera persona de quienes, frente a otros soportes infocomunicacionales, eran definidos como “públicos”, “audiencias” o “espectadores”. Desde el punto de vista que traté de desarrollar aquí, esas categorías entran en crisis en los modos de apropiación que del soporte y sus aplicaciones hacen los sujetos, a tal punto que la forma en que se ha desarrollado el espacio virtual ha sido modelada en la interacción entre las estructuras de la información y comunicación, con las lógicas comunicativas, tecnológicas y de mercado que estas implican, y los sujetos que, en el contexto de la reflexividad y de la sociedad del riesgo, construyen sus propias narrativas y desarrollan nuevas socialidades.

El proceso de individualización de la modernidad tardía, en términos de Beck, implica “la desintegración de las certezas de la sociedad industrial y de la compulsión de encontrar y buscar nuevas certezas para uno mismo y para quienes carecen de ellas” (Beck, Giddens y Lash, 1997: 29). Pero también significa nuevas interdependencias, incluso globales. Para Beck, la individualización es una compulsión a fabricar, auto-diseñar y autoescenificar la propia biografía, los compromisos y redes de relaciones a medida que cambian las fases de la vida.

En el presente, buena parte de esta auto-escenificación y de las autonarrativas se dan en el espacio virtual. Con Scott Lash, hay que señalar que la posición de los sujetos en la estructura informacional de Internet es desigual. Pero dentro de Internet, las aplicaciones y usos que

refuerzan los relatos autobiográficos y la autonarratividad son aquellos que más se han desarrollado y que reciben más impulso desde la propia actividad de los “usuarios”.

Internet nació como un proyecto militar de descentralización de información clave en el contexto de la Guerra Fría. Sin embargo, de manera rápida, el desarrollo fue tomado por la esfera científica para compartir información y conocimiento. Hacia mediados de 1990 aparecieron las conexiones comerciales e ingresaron en el campo de esta nueva herramienta las empresas privadas. Sin embargo, los usos gratuitos y libres de la red empujan desde entonces contra los límites que imponen los intereses comerciales.

En el marco de los traslados de contenidos que las empresas de medios hicieron hacia el nuevo soporte, es notable cómo fueron necesitando abrir espacios para la “participación” de sus públicos (comentarios a notas, foros, chats, espacios para subir imágenes, incluso hasta llegar a admitir la cooperación en la construcción de noticias de sus lectores) para garantizar su “fidelización”.

Así es que los medios tradicionales en Internet se encuentran con el problema de lidiar con discursos en disidencia dentro de sus propios canales y con la visibilidad cada vez mayor de fuentes alternativas de información con, potencialmente⁽⁴⁾, la misma capacidad de acceso a la arena pública virtual.

Sin embargo, los espacios que más se desarrollaron en Internet se encuentran por fuera de las estructuras infomediales tradicionales. Los usos de los weblogs, las redes sociales, las páginas de intercambio, las páginas personales y de organizaciones de la sociedad civil, centrados en el “yo” o el “nosotros”, organizan flujos de circulación de sentido dentro de, en paralelo o en tensión con los discursos institucionalizados dentro del ciberespacio. La presión que ejercen en las lógicas inscriptas tanto en el soporte como en los modos “tradicionales” de las comunicaciones masivas reconfiguran, a su vez, las formas y flujos de los medios, aplicaciones y páginas institucionales.

Este es el caso de los weblogs, que se constituyen como medios específicos de Internet y que permiten la publicación instantánea con mucha facilidad de contenidos propios, elaborados dentro de los marcos de aplicaciones que se ofrecen gratuitamente en la web.

Estos espacios remedan los de los diarios íntimos, con la salvedad de que la intimidad está expuesta en un espacio público y abierta a la interacción con otros que, a través de comentarios, acompañan la construcción autobiográfica que allí se desarrolla. Así, estas autonarrativas solo terminan de constituirse en su necesaria exhibición. Sea o no que haya “otros” como lectores, espectadores o conarradores, a partir de los diversos modos de interpelación y diálogo que se constituyen en el soporte, las autonarrativas en Internet cobran forma en su necesaria *extimidad* (Sibilia, 2008).

Por supuesto que los weblogs no solo son espacios autobiográficos: los hay periodísticos, profesionales, e incluso de empresas. Pero salvo en el caso de los usos institucionales de esta herramienta, los weblogs son siempre lugares de construcción de autorrelatos.

En este sentido, es de especial interés el caso de los weblogs periodísticos, porque la subjetividad del autor está puesta en juego en la construcción de las noticias de manera visible.

Es “yo” quien cuenta lo que pasa, en contraposición al borramiento clásico del sujeto en la construcción de la noticia.

Las redes sociales en Internet se constituyen también como espacios de circulación de autonarrativas. Y tanto en estas aplicaciones como en los weblogs encontramos, además, un tipo de expresividad que podemos caracterizar como compulsiva: los fenómenos de hiperconectividad o hiperexposición a la red merecen ser estudiados en este sentido.

Finalmente, es a partir de la idea de sujetos reflexivos que pueden pensarse los alcances de la “alternatividad” en Internet, donde casi todas las cuestiones parecen estar abiertas a interrogación, y analizar de manera más comprensiva la proliferación de las narrativas autobiográficas en el soporte virtual.

Notas

⁽¹⁾ Seguimos aquí las nociones de medio de comunicación y soporte de José Luis Brea (2002). Un medio es un dispositivo específico de distribución social del conocimiento, mientras que el soporte es la materia sobre la que un contenido de significancia cobra cuerpo, se materializa. En este sentido, Internet es un soporte sobre el cual se materializan todo tipo de dispositivos mediáticos.

⁽²⁾ “Los discursos sobre la técnica suelen ser opacos, tautológicos. [...] Cuando la técnica solo admite su propia mirada para afirmar que *es lo que es*, no propicia reflexión alguna *sobre* la técnica sino que produce discursos *de* la técnica...” (Schmucler, 1996: 6).

⁽³⁾ En un trabajo del autor (2006) analizamos el caso del comportamiento en Internet de la noticia del atentado contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001. Entonces, caracterizábamos como un “mundo de zozobra” aquel en el que tomaba forma el periodismo digital, ya que “la distancia emotiva, la evolución razonada, los portavoces tradicionales y sus interpretaciones no alcanzaban para asir ese mundo”.

⁽⁴⁾ Ciertamente, las posibilidades concretas de publicidad en Internet varían en función de variables que van desde el tipo de acceso a la visibilidad *off-line* y la capacidad material de producción.

Bibliografía

Beck, U.; Giddens, A y S. Lash (1997), *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.

Brea, J. L. (2002), *La era postmedia. Acción comunicativa, prácticas (post)artísticas y dispositivos neomediales* [en línea]. Dirección URL: <<http://laerapostmedia.net>> [Consulta: 15 de octubre de 2008].

Dipaola, E. (2010), “Socialidades contemporáneas: dinámica y flexibilidad en relaciones comunitarias e identitarias”, *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* Vol. 26, N.º 2, EMUI Euro-Mediterranean University Institute - Universidad Complutense de Madrid - Publicación asociada a la revista *Nomads. Mediterranean Perspectives*, pp. 159-185.

Lash, S. y Urry, J. (1998), *Economías de signos y espacios. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Buenos Aires, Amorrortu.

Mitcham, C. (1989), “Tres formas de ser-con la tecnología”, *Revista Antrophos*, Suplemento 14, Barcelona, pp. 13 a 26.

Schmucler, H. (1996), “Apuntes sobre el tecnologismo y la voluntad de no querer”, Revista *Artefacto* N.º 1, diciembre de 1996, Buenos Aires, pp. 6-9.

Sibilia, P. (2008), *La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económico.